

# El exilio español

EN un balance imparcial y completo de las consecuencias de la gran tragedia nacional de los años treinta, a los estragos producidos directamente por la guerra civil habrá que sumar los ocasionados durante la posguerra más dilatada que conoce la Historia. Si de los primeros se habla bastante durante el período franquista —siquiera sea siempre de una manera unilateral y partidista, cargando todas las culpas sobre las espaldas de los vencidos—, de los segundos apenas se dice una sola palabra, como si carecieran de toda importancia y trascendencia. Sin embargo, conforme muchos empiezan a descubrir ahora, los sufrimientos y dolores que millones de españoles tienen que padecer después de terminadas oficialmente las hostilidades en nada desmerecen de los soporados mientras las armas dialogaban dramáticamente en los frentes de combate. "El exilio español de 1939", que comienza a publicar la editorial Tauros hace el balance de la tragedia larga del exilio.

Dos son las causas fundamentales de las angustias que durante más de treinta años amargan a una parte considerable de nuestro pueblo: la dura represión interna y el interminable exilio exterior de cientos de miles de compatriotas. La represión política, ininterrumpida a lo largo de muchos lustros, alcanza un volumen difícil de admitir —e incluso de imaginar— por quienes no la sufren en su propia carne o en la de sus seres más queridos. El millón largo de prisioneros y presos —que lo son en ocasiones por espacio de quince, veinte o veinticinco años—; los "cuatrocientos mil procesados" de que habla el propio Franco en una carta dirigida en 1943 al conde de Barcelona y esencialmente los muchos fusilados —cuyo número exacto se desconoce aún y acaso no llegue a ser conocido nunca— tienen un estremecedor significado humano. Paralelamente, en el exilio forman, junto a las figuras más preclaras de las ciencias, las artes y las letras hispanas, cientos de miles de obreros especializados en todas las producciones agrícolas e industriales que participan con su inteligencia y esfuerzo en la prosperidad de ajenos países, ya que no pueden contribuir a la mejora y engrandecimiento del propio, al que continúan amando hasta el fin de sus días por

encima de la distancia, el tiempo y la injusticia. Es la España peregrina del éxodo y el llanto, plétórica de valores humanos, integrada por gentes capaces de todos los sacri-

como en calidad, el más importante en la larga serie de emigraciones políticas nacionales de los siglos XIX y XX. Ni durante la "omniosa década" fernandina, ni al final

ranea española. Tanto los liberales que han de expatriarse en 1823, 1856, 1874 ó 1923, como los carlistas que siguen el mismo camino en 1840 y 1876, y los monárquicos, isabelinos o alfonsinos, que les imitan en 1868 y 1931 son siempre muy inferiores en número y sufren un destierro mucho más breve. En el peor de los casos precedentes el extrañamiento dura ocho o diez años; en el que ahora nos ocupa dura como mínimo tres o cuatro veces más. Aparte de muchos que han fallecido en Francia, México, Inglaterra, Rusia o Argentina veinte o treinta años después de su salida de España, hay no pocos vivos que todavía no han regresado tras treinta y ocho o treinta y nueve años de ininterrumpido exilio.

De la calidad extraordinaria de esa emigración son demostración suficiente unas breves cifras. Entre los exiliados están los dos únicos españoles —Juan Ramón Jiménez y Severo Ochoa Albornoz— galardonados con el Premio Nobel con posterioridad a 1936. Sólo entre los que llegan a trabajar en América —aparte de un número muy superior que se queda en Europa— aparecen 208 catedráticos, 501 maestros, 375 médicos, 214 ingenieros, 434 abogados, 109 escritores, 28 arquitectos, 361 técnicos y muchos periodistas, militares, investigadores y sabios. "Dentro del conjunto de la emigración —escribe José Luis Abellán— se calcula en cinco mil el número de intelectuales que salieron, entendiéndose por tales aquellos que tuvieron una cierta notoriedad en profesiones liberales, artísticas, científicas y docentes". Personalizando más cabe señalar que en el exilio figuran músicos como Pau Casals, Oscar Esplá y Rodolfo Halffter; pintores como Picasso, Artera y Alberto; escultores como Julio González y Lobo; historiadores como Rafael Altamira, Madariaga, Sánchez Albornoz y Américo Castro; poetas como León Felipe, Cemuda, Salinas y Alberti; periodistas como Zozaya, Castrovido, Lezama y Samblancat; escritores como Barea, Sender, Max Aub, Serrano Poncela, Corpus Bargas, Andújar y Ayala; filósofos como Recasens Siches, Gaos y García Bacca; médicos de la talla de Trueta, Negrín, Lafora, Pío del Río Hortoyo, Méndez y Otero; químicos como Medinabeita, Moles y Giral; juristas del tipo de Jiménez

## Eduardo de Guzmán

ficios y todas las grandezas, cuyo extrañamiento del suelo patrio implica para nuestro pueblo un empobrecimiento moral y una pérdida material en muchos sentidos irreparables.

### El exilio más numeroso y duradero de la Historia

El exilio republicano español de 1936 a 1939 es, tanto en cantidad

de las tres guerras civiles anteriores, ni en los distintos cambios de régimen sufridos por nuestro país, el número de exiliados alcanza en ningún momento ni circunstancia la décima parte de las 500.000 personas que en 1940 han de residir, contra su mejor deseo y voluntad, lejos de la tierra que les vio nacer. Aparte de su volumen, este exilio es también el más duradero que registra la Historia contempo-



Monumento en el cementerio del Père Lachaise, en París, erigido en memoria de todos los españoles que lucharon en la segunda guerra mundial al lado de los aliados.





Un 70 por 100 de los refugiados llegados a Francia, en su mayoría trabajadores, fueron encerrados durante meses en campos de concentración y tratados de forma inhumana.

de Asúa, Sánchez Román y Osorio; cineastas como Luis Buñuel; pedagogos como los hermanos Barnés y Alvarez Santullano; hombres de ciencia como Arturo Duprier, Blas Cabrera, Ignacio y Cándido Bolívar, Boch Gimpera y Millares Carlos, y una serie de nombres sobresalientes de la cultura española.

Este multitudinario exilio, el más numeroso, importante y duradero padecido por la España contemporánea, es poco y mal conocido entre nosotros; no sólo entre quienes fueron o son sus adversarios ideológicos, sino incluso entre quienes comparten su manera de sentir y pensar. Siete largos lustros de completa incomunicación, de permanentes silencios únicamente rotos por andanadas de informaciones deformadas y deformantes, alternando con insidias, injurias y calumnias, levantan un muro entre las nuevas generaciones que crecen en el interior del país y los representantes de una inteligencia nacional que se mueven, trabajan, languidecen o mueren lejos de nuestras fronteras. Muchos nombres de la más alta significación se olvidan en el impenetrable silencio que les envuelve año tras año. De casi todos ignoramos sus avatares, esfuerzos, obras y éxitos. De tarde en tarde, algún libro editado en París, Méjico o Buenos Aires y llegado en forma clandestina a nuestras manos, nos permite saber de antiguos maestros, amigos o conocidos. De la mayoría, quienes no

hemos salido de España sólo recibimos la breve noticia de su muerte, generalmente con días, semanas y meses de retraso.

Este desconocimiento persiste incluso ahora, cuando muchos que retornan del largo exilio pueden hablarnos de quienes permanecen en él o desaparecieron en el transcurso de las cuatro últimas décadas. En ocasiones logramos informes más o menos completos de la vida de los desterrados en determinado país o de ciertos episodios alegres o tristes, amargos o heroicos vividos por la emigración en épocas pretéritas. Pero sigue faltándonos una visión de conjunto de la vida y los hechos de ese medio millón de compatriotas desgajados violentamente de la comunidad nacional hace ya treinta y ocho años y que constituyen una parte esencial de la cultura española.

Un grupo de españoles beneméritos y esforzados —exiliados unos, hijos de exiliados otros, pertenecientes el resto a las nuevas generaciones que tratan de tender un puente sobre un vergonzoso vacío existente en nuestra bibliografía— han echado sobre sus hombros la tarea de historiar, al fin, esa España fuera de España, esa parte valiosa del pueblo alejada del resto de nuestro pueblo, esa parte fundamental de nuestra cultura que algunos han llegado en su cerrazón mental a pretender negar que sea realmente nuestra. El empeño es difícil por la diversidad de escenarios, repartidos por medio mundo,

la multiplicación de episodios de todas las clases imaginables, lo dilatado del tiempo a cubrir y la falta de datos detallados y fehacientes, de documentos probatorios e incluso simplemente orientadores. Entre el segundo semestre de 1936, en que comienza el exilio para algunos, y el primer semestre de 1977 en que concluye para no pocos, media un considerable espacio de tiempo esmaltado por una sangrienta contienda civil, la mayor guerra que conoció la Humanidad, infinidad de revoluciones y contrarrevoluciones, cambios de régimen, dictaduras totalitarias, persecuciones y guerrillas en casi todos los continentes en que los emigrados hispanos se vieron envueltos, unas veces por su voluntad y otras en contra de ella. Descubrir y precisar lo que en paz y en guerra hicieron medio millón de españoles durante casi medio siglo de la etapa más convulsa y agitada que conoció la Humanidad, con mayores cambios y transformaciones que en todo el milenio precedente, parecía empeño condenado de antemano al fracaso. Por fortuna, cuando ya tenemos a la vista la mitad del proyecto total, forzoso es reconocer y proclamar que los autores han logrado superar con éxito la mayoría de los ingentes obstáculos que les salieron al paso. Podrán señalarse algunos fallos y omisiones e incluso cierta parcialidad de determinado autor en favor de determinadas tendencias políticas de la emigración; raro en conjunto la obra reali-

zada supera con creces las mejores esperanzas y es merecedora de toda suerte de elogios.

### Ejemplaridad moral de la emigración

"El exilio español de 1939", que Taurus ha comenzado a editar en su colección Biblioteca Política, constará de seis volúmenes de unas trescientas páginas cada uno, de apretado texto, abundancia de datos de primera mano y juicios valorativos generalmente acertados. La dirección de la obra está encomendada al joven profesor de la Complutense José Luis Abellán, conocido por los libros que lleva publicados y sus frecuentes artículos y ensayos en diarios y revistas, quien ha sabido rodearse de una serie de colaboradores idóneos entre los que destacan Vicente Lloréns, Tuñón de Lara, Javier Alfaya, Alfredo Fernández, Juan Marichal, Francisco Giral, Manuel Andújar, Antonio Risco, Aurora de Albornoz, Ricardo Domenech, Moreno Galván y Román Gubern. Con arreglo al plan general de la obra, los seis tomos de que consta dividen la materia estudiada en la siguiente forma: Primero, "La emigración republicana"; segundo, "Guerra y política"; tercero, "Revistas, pensamiento y educación"; cuarto, "Cultura y literatura"; quinto, "Arte y ciencia"; y sexto, "Cataluña, Euzkadi, Galicia". Cada uno de los volúmenes abarca diferentes aspectos de la cuestión más o menos rela-



# El exilio español

cionados entre sí, tratados en todos los casos por verdaderos especialistas en los distintos temas.

Conforme José Luis Abellán señala con precisión en su trabajo de presentación general de la obra, el propósito perseguido con su publicación es, aparte de informar a los españoles todos de la existencia y valor cultural y humano de ese impresionante exilio, que las nuevas generaciones que no hicieron la guerra salgan al encuentro de su pasado inmediato, entroncando con una tradición histórica y cultural que se les había pretendido escamotear mediante la represión gubernamental y la censura administrativa. "Nuestro objetivo se inscribe dentro del intento de recuperación intelectual de los protagonistas de la emigración, pero dejando bien claro que esa recuperación no tiene el carácter "oficial" que tuvo en los últimos años del régimen de Franco, cuando éste intentaba capitalizar en su propio beneficio el prestigio intelectual y moral de algunos de nuestros emigrados, aprovechándose cínicamente del estado de vejez y nostalgia que muchos años de alejamiento forzoso de la patria había provocado en tales hombres".

Subraya también la obra el contraste entre la emigración republicana española con otras emigraciones europeas del siglo actual y esencialmente las producidas como reacción contra los regímenes fascistas. Mientras se produce una plena integración de alemanes e italianos en la vida americana, en los españoles no se da nunca un fenómeno semejante, ya que no sólo conservan su lengua, sino también su ciudadanía y costumbres. "En cualquier caso —añade Abellán— es claro a todas luces al nivel cultural político y cultural de 1976, la necesidad de integrar en nuestra cultura la fabulosa labor científica, literaria, artística y filosófica del exilio del 39; convertirlo en savia viva que informe y aliente nuestro futuro; que sirva de plataforma reivindicativa y de inspiración a nuevas cotas de libertad, de justicia y de cultura para un pueblo que hoy ve abierta la posibilidad de un horizonte inédito de esperanzas e ideales".

Son razones sobradas para acometer la publicación de "El exilio español de 1939", pero aún cabe añadir un nuevo argumento, acaso más trascendente que los anteriores: la ejemplaridad moral de los emigrados en el futuro político español. Su importancia se razona con palabras claras por los autores de la empresa. "En una sociedad

como la nuestra —escriben—, todavía traumatizada por la guerra civil y la cruenta e inmediata posguerra, donde las tensiones generacionales han alcanzado una violencia difícilmente imaginable, la presencia de los exiliados españoles podría rendir un indudable beneficio para hacer el tránsito al futuro un paso menos duro de lo previsible. Su prestigio intelectual, su autoridad moral y su reconocido desinterés podrían ser elementos de considerable utilidad en una definitiva y verdadera consolidación de la democracia en España".

Son propósitos loables y ambiciosos, nada fáciles de conseguir cuando se ha de historiar el exilio en su complejidad, no sólo con sus grandezas, sino también con las inevitables miserias humanas. En toda colectividad, y más si la integran los derrotados en una guerra civil que han de vivir muchos lustros apartados del suelo natal, afloran un día u otro los egoísmos personales o de partido, las discrepancias ideológicas o tácticas, las querrelas intestinas respecto al camino a seguir o en el enjuiciamiento de las causas originarias del descala-

bro común. De todo esto hubo, naturalmente, a lo largo del interminable exilio. Los autores de la obra pudieron silenciar todo lo que considerasen parte negativa de la emigración para presentar únicamente la positiva. Han preferido no hacerlo y hemos de elogiarles por ello. Lo contrario habría sido falsear una realidad que nos interesa como efectivamente fue y no convertida en cuento de hadas con un final feliz.

En los tres volúmenes ya publicados, Vicente Lloréns historia en su conjunto la emigración de 1939 en los distintos países a que se dirigió, tras unos certeros apuntes sobre los exilios hispanos precedentes desde la expulsión de los judíos a finales del siglo XV y de los moriscos a comienzos del XVII. Manuel Tuñón de Lara narra la participación de los emigrados en la resistencia francesa durante la segunda contienda mundial. Javier Alfaya relata la trágica estancia de los exiliados en los campos de exterminio nazis. Alberto Fernández se ocupa de las formaciones políticas en el exilio, mientras Francisco Giral expone las actividades de los

Gobiernos de la República en el exilio. Manuel Andújar habla de las revistas culturales y literarias de la emigración en Hispanoamérica, en tanto que Antonio Risco señala las que han visto la luz en Francia. José Luis Abellán analiza la filosofía y el pensamiento filosófico en el exilio. Carlos Sáenz de la Calzada trata de la educación y pedagogía, y José Luis de la Loma expone la obra realizada por el Ateneo Español en Méjico.

## Las amarguras del medio millón de españoles

¿Cuántos españoles emprenden el amargo camino del exilio como consecuencia de nuestra cruenta contienda civil? No se conoce con exactitud el número y varían considerablemente las opiniones acerca de su volumen. Por otro lado, su número no permanece estable, sino que experimenta considerables modificaciones con el paso de los años. Mientras se incrementa, por un lado, con los que, meses o años después de concluida la lucha cruzan las fronteras, disminuye por otro con los que regresan a España o los que van muriendo en el exilio. Transcurridos en este momento treinta y ocho largos años del primero de abril de 1939, sólo sobreviven lógicamente los que entonces estaban en la niñez o la mocedad y unos pocos millares ya muy adentrados en la senectud.

El núcleo principal del exilio lo constituyen en todo momento los que procedentes de Cataluña atraviesan los Pirineos en los meses de enero y febrero de 1939. Según las opiniones más autorizadas son alrededor de cuatrocientos mil, aunque algunos los rebajan a trescientos mil y otros los exalten hasta el medio millón. En cualquier caso, muchos millares de españoles han precedido ya en la emigración. Son los que se marchan, o por su propia cuenta huyendo de los horrores de la guerra; las numerosas colonias integradas por niños que han sido enviados a Francia, Bélgica, Inglaterra y Rusia para librarles de las penurias y riesgos de la contienda, y los vascos, montañeses y asturianos que, al perderse la zona Norte republicana, lograron escapar utilizando toda clase de embarcaciones hasta ganar las costas británicas y francesas. A todos ellos hay que sumar otros veinte mil, como, mínimo, que a lo largo de toda la guerra, y especialmente en el último mes, salieron de los puertos de Valencia, Alicante, Cartagena o Almería y consiguieron desembarcar en Argelia, Túnez o Marruecos. En total, y en los primeros tiempos de la posguerra, pasan indudablemente de los quinientos mil quienes abandonan España para no correr la suerte desagradable —batallones



El exilio republicano es el más importante en volumen y duración en la historia contemporánea española.





Se necesita hoy una visión de conjunto de la vida y hechos de ese medio millón de españoles desgajados de la comunidad nacional.

de castigo, campos de internamiento y trabajo, cárceles y presidios— de un millón de los que en ella permanecen.

La inmensa mayoría de esos quinientos mil se encuentran en Francia—o los territorios franceses del Norte de África— y en ella permanecen a todo lo largo del prolongado exilio, incluso en la actualidad. El recibimiento que Francia les dispensa es duro, humillante, vergonzoso. Los que tienen documentación, amistades, influencias o dinero con que procurársela disfrutan de una menguada libertad de movimientos. Quienes no—y son el 70 por 100 como mínimo—son encerrados en campos de concentración, guardados por senegaleses y tratados en forma verdaderamente inhumana. Los diversos partidos y organizaciones procuran desesperadamente sacarles de los campos o mejorar su situación, pero luchando contra ingentes dificultades sólo lo consiguen en una parte mínima. Permanecen en esta situación durante meses interminables y el comienzo de la segunda guerra mundial encuentra a cientos de miles de españoles hambrientos y desesperanzados detrás de las alambradas.

Diversas organizaciones internacionales en relación con los propios españoles y algunos Gobiernos extranjeros se esfuerzan por buscar en diferentes países acogida para el mayor número posible de refugiados. De todos, únicamente Méjico se comporta con generosidad y alteza de miras, abriendo de par en par puertas y brazos a cuantos consiguen arribar a su suelo. Por des-

gracia, Méjico está lejos, y el viaje es caro y los transportes—especialmente una vez comenzada la guerra mundial—escasean más de la cuenta. De cualquier forma, un mínimo de quince mil exiliados encuentran su nueva patria en lo que hace siglos fuera conocido proféticamente como la Nueva España. Argentina, Chile, Uruguay, la República Dominicana, Cuba, Venezuela y Colombia acogen también a unos millares de emigrados. Inglaterra por su parte pone obstáculos a los exiliados y Rusia se limita a llevarse unos centenares de conocidos militantes del partido comunista, quienes no pertenecían al Partido Comunista hubieron forzosamente de renunciar al sueño de ser acogidos en la "patria del proletariado".

La forma en que se realiza la marcha a otros países—antes y después de iniciarse la segunda guerra mundial—establece sensibles diferencias entre las distintas emigraciones. Mientras a Rusia no van más que los militantes del partido, en el exilio americano predominan los procedentes de la pequeña burguesía liberal, los miembros de las profesiones liberales y los intelectuales; en Francia constituyen abrumadora mayoría los trabajadores, base auténtica de todos los partidos y organizaciones antifascistas de acusado matiz proletario.

Para salir de los campos de concentración en que están reclusos, no pocos exiliados acceden a incorporarse a las compañías y batallones de fortificaciones e incluso al Ejército francés, especialmente en la Legión Extranjera. En cualquier

caso, los campos no empiezan a quedarse vacíos y terminan por desaparecer hasta que decretada la movilización general en Francia, la agricultura y la industria necesitan brazos que sustituyan a los incorporados a filas. Mejora entonces considerablemente la situación de una mayoría de exiliados, pese a que los patronos establecen una discriminación contra los obreros extranjeros, regateándoles los salarios y procurando rebajarlos. La nueva situación, en cualquier caso, sólo se prolonga unos meses, porque en la primavera de 1940 los alemanes invaden Francia y el Gobierno Pétain capitula ante Hitler, tolerando la ocupación germana de buena parte de Francia, ocupación que se convierte en total tras el desembarco aliado en el Norte de África en noviembre de 1942.

### El exilio español en la segunda guerra mundial

No es mucho lo que los exiliados españoles deben a Francia. Sin embargo, cuando la invasión alemana se produce defienden su suelo con tanto o mayor entusiasmo y energía que los propios franceses. Sabido es que los combatientes incorporados al Ejército galo pelean con ejemplar heroísmo en Narvik y que algunos batallones de fortificaciones, que arrojan picos y palos para adueñarse de las armas abandonadas por unidades fugitivas, son en ocasiones las únicas fuerzas que frenan la vertiginosa progresión hitleriana. Dan claras muestras de su temple en la gigantesca

bolsa de Dunkerque, sin otro premio ni recompensa que ser abandonados en las playas mientras reembarcan británicos y franceses. Varios millares de ellos son apresados por las tropas alemanas, pero como el Gobierno Pétain les niega su condición de soldados, no son tratados como prisioneros de guerra, sino como francotiradores. Si no fusilan a todos es porque prefieren utilizarlos como trabajadores en las minas o las fortificaciones. Pero una mayoría irán a parar en definitiva a los campos de exterminio germanos. Sólo en uno de ellos—el trágicamente famoso de Mauthausen—son asesinados más de siete mil antifascistas españoles, cuya muerte en defensa de la libertad proclama orgullosamente un monumento levantado a la entrada del matadero nazi. Con sencillez empapada en profunda emoción, Javier Alfaya cuenta en el tomo segundo de "El exilio español de 1939" el heroico comportamiento de los trabajadores exiliados frente a la vesania de sus verdugos alemanes.

Por su parte, Tuñón de Lara historia la eficaz y multitudinaria participación del exilio español en la resistencia gala; a veces, como ocurre en el macizo central, antes incluso de que los propios franceses emprendan la lucha guerrilla contra el invasor. Espontáneamente, sin planes madurados previamente, sin estrechos contactos entre sí, surgen aquí y allá grupos de sabotaje y combate españoles, muchos de los cuales consideran esta lucha contra el nazismo como simple continuación de la que veinte meses atrás sostenían en España. En la frontera pirenaica empiezan a funcionar muy pronto organizaciones españolas que conducen a través de las montañas a los fugitivos de Vichy, que quieren marchar a Portugal o Marruecos para incorporarse a las huestes del general De Gaulle.

Según Tuñón, la resistencia se inicia en 1940, cuando todavía gran parte de los franceses se resignan, atemorizados por la potencia alemana o por caer en la trampa del mito Pétain. En octubre de dicho año, un grupo de españoles internados en Argelès, pero con importantes lazos orgánicos, decide organizar la lucha en colaboración con determinados núcleos franceses contra el invasor y el Gobierno fantoche de Vichy. Paralelamente, otros grupos empiezan a trabajar en la Francia ocupada y especialmente en París, mientras nutridos elementos cenetistas pasan a la acción en el macizo central y el departamento de Alta Saboya. "Los núcleos citados—añade el historiador—no eran sino el embrión de lo que sería vasta organización, cuyo desoliegue, todavía



# El exilio español

mínimo en 1941, cobrará importancia en 1942, siguiendo la misma evolución de la resistencia francesa contra el ocupante".

La resistencia aumenta considerablemente sus efectivos durante los años 1943 y 1944. Los sabotajes, atentados y combates contra las fuerzas hitlerianas se multiplican vertiginosamente en todos los puntos de Francia y es rara la acción en que no participan nutridos grupos de exiliados. Producen grandes pérdidas al enemigo, pero no son mucho menores las suyas. Caen muchos españoles en combate, son fusilados otros tantos y muchos millares de simples sospechosos son enviados a Alemania para hacerles perecer en los campos de exterminio. Pero nada de esto doblega el espíritu de la emigración, que, aquí como en todas partes, defiende con heroísmo la causa de la libertad.

Aparte de la lucha clandestina y guerrillera en el territorio de la Francia ocupada, millares de españoles pelean junto a los aliados en diferentes frentes de la segunda guerra mundial. Numerosos contingentes que antes de la invasión alemana han sido enviados a África y al Cercano Oriente, se suman con entusiasmo a las fuerzas de la Francia libre. Un millar de españoles son protagonistas en 1942 de los duros combates de Bir-Hakeim; otros millares, que suben con el general Leclerc desde el centro de África, liberan territorios galos en el continente africano antes de desembarcar en el europeo para proseguir su lucha.

Paralelamente en Rusia, donde existen unos cuatro mil exiliados —aparte de los numerosos niños evacuados durante la guerra—, cerca de un millar de españoles participan activa y directamente en la guerra como pilotos de caza, tanquistas o guerrilleros. Muchos de ellos son condecorados o ascendidos por méritos de guerra; en cambio, son muchos también los que perecen en la batalla. Entre los muertos están Rubén Ruiz Ibaruri, hijo de "La Pasionaria", y Santiago de Paúl Nelken, hijo de Margarita Nelken.

Con el desembarco aliado en Normandía, el 6 de junio de 1944, comienza la decisiva batalla de Francia, que concluye muy avanzado ya el otoño del mismo año, con la liberación de casi todo el territorio nacional francés. En esta batalla adquiere su máxima importancia la participación de la emigración republicana española. Aparte de cooperar con su esfuerzo y su sangre al aplastamiento alemán en más de



La recuperación de intelectuales en los últimos años del franquismo se aprovechó de un estado de vejez y nostalgia producto de muchos años de alejamiento forzoso del territorio español. En la foto, Max Aub en Madrid, 1974.

la mitad de los departamentos galos, son exclusivamente grupos españoles los que liberan cuatro de dichos departamentos. Su intervención resulta muchas veces decisiva en todo el mediodía de Francia, en el macizo central y en el mismo París. En los duros combates de la reconquista de París toman parte más de cuatro mil españoles, aparte de los que avanzan sobre la capital encuadrados en las fuerzas que manda el general Leclerc. Los primeros tanques aliados que ganan el centro de París llevan los nombres expresivos de "Guernica"; "Madrid" y "Don Quijote". También son españoles los asaltantes del hotel Continental, donde el mando alemán tiene su cuartel general y Von Choltitz tiene que entregar su pistola, en señal de rendición, a un voluntario extremeño llamado Antonio González. En el comunicado de guerra francés del 25 de agosto de 1944 puede leerse: "Durante todo el día nuestros grupos de guerrilleros han intervenido activamente en las operacio-

nes de limpieza en estrecha colaboración con las fuerzas blindadas aliadas y particularmente con las unidades francoespañolas".

"Por lo menos 50.000 españoles se batieron de una u otra manera al lado de Francia", escribe Tuñón de Lara. De cómo lo hicieron son prueba sobrada las palabras del general De Gaulle al condecorar a un guerrillero español a finales de 1944. "Partisano español —dice—. En ti saludo a tus bravos compatriotas por vuestro valor, por la sangre vertida por la libertad y por Francia. Por tus sufrimientos eres un héroe francés y español".

## Una "Numancia errante"

El final de la segunda guerra mundial, con el aplastamiento de los fascismos alemán e italiano, es una formidable inyección de optimismo para el exilio español de 1939. Muchos creen que el franquismo llega a su inevitable final y ven inmediato el día del retorno a España de un régimen democrático. Las condenaciones verbales del régimen español en la Conferencia de Postdam, en las primeras resoluciones de las Naciones Unidas y en la famosa nota tripartita de Norteamérica, Inglaterra y Francia, seguida de la retirada de embajadores, parece confirmar todas sus esperanzas. Nadie duda de que lo más conveniente y ventajoso para el pueblo español sería la inmediata retirada de Franco; pero Franco decide continuar, cualesquiera que sean las privaciones que haya de sufrir el pueblo español, y favorecido por la guerra fría y los enfrentamientos entre USA y URSS, consigue ir tirando. Lo que sucede después, los cambios de actitud de las potencias occidentales, la reapertura de la frontera francesa y el retorno de los embajadores, culminando en los acuerdos con Norteamérica de 1953, lo conocemos todos. Por espacio de veinte años más, el franquismo es una sorprendente supervivencia en Europa de los regímenes totalitarios de origen fascista.

Algo conocemos, aunque sea muy escaso lo que por un procedimiento u otro llega a conocimiento de la mayoría de nuestro pueblo, de la historia del exilio español en esta dilatada etapa, que nos refieren detallada y puntualmente Alberto Fernández, Francisco Giral y Juan Marichal en segundo volumen de la obra ahora editada por Taurus. No es posible, dada la ya desmesurada extensión de este trabajo, recoger, aunque sea en forma muy resumida, lo que dicen, que reviste excepcional importancia para la historia de nuestro país durante los últimos decenios. Hemos de limitarnos a señalar que,

tras una reunión en Méjico de los restos de las Cortes elegidas en febrero de 1936, se trata de reconstituir en el exilio el Estado republicano. Presidente de la República es quien lo fue de las Cortes, don Diego Martínez Barrio, y jefe del Gobierno el mismo que lo fue el 19 de julio de 1936, don José Giral. El Gobierno Giral, que es reconocido en el acto por Méjico y posteriormente por otros países, se traslada a Francia para empezar a actuar. Por discrepancias surgidas en su seno, en 1947 dimite el ministro Giral, que es sustituido por otro que preside Rodolfo Llopis. En el mismo año Alvaro de Albornoz ocupa la jefatura del Gobierno republicano en el exilio. En 1951 es sustituido por Gordón Ordax, que a su vez lo es en 1960 por el general Herrera. Claudio Sánchez Albornoz y Fernando Varela ocupan sucesivamente con posterioridad la jefatura del Gobierno, mientras en la presidencia de la República suceden a Martínez Barrio, Luis Jiménez de Asúa y José Maldonado.

En los treinta años que median entre 1945 y 1975 los exiliados españoles van disminuyendo como lógica consecuencia del tiempo. Fallecen una tras otras las figuras políticas más destacadas —Largo Caballero, Martínez Barrio, Indalecio Prieto, Albornoz, Jiménez de Asúa, Gordón Ordax, etcétera— y crecen en España nuevas generaciones que no han conocido la guerra. Las esperanzas que el exilio tiene al terminar la segunda contienda mundial van esfumándose. Su influencia política directa sobre el interior disminuye, pero aumenta paralelamente su importancia como ejemplo moral. Calladamente ha realizado una enorme labor cultural de la que todos hemos de sentirnos orgullosos, lo mismo que de la fidelidad inquebrantable a sus ideas de libertad y democracia. Resumiendo lo que para todos —empezando por ellos mismos— ha sido esa emigración, Juan Marichal escribe: "En el otoño de 1933, Luis Araquistain decía, refiriéndose a su propio partido —el socialista—, lo siguiente: 'Somos una admirable Numancia errante que prefiere morir a darse por vencida'. Y, justamente, en esa expresión de Araquistain, 'Numancia errante' (que él emplea con una intención peyorativa), veo yo la mejor definición del exilio político español: tanto por su voluntad de no declararse vencido como por su condición física misma de ámbito libre y de muro resonador. El exilio español debe enorgullecerse (y todos los españoles de noble ánimo deben compartir ese sentimiento) de esa condición numantina, porque la Historia está hecha de esfuerzos así, de largas esperanzas y de firmes ideales". ■ E. DE G.